

Como un cielo en nosotros

Como un cielo en nosotros

Jakuta Alikavazovic

Traducción de Vanesa García Cazorla



MUÑECA INFINITA

Título original: *Comme un ciel en nous*

© Editions Stock, 2021

© del texto: Jakuta Alikavazovic, 2021

Primera edición en Muñeca Infinita: marzo de 2023

© Muñeca Rusa Editorial, S. L. U., 2023

Calle del Barco, 40, 3.º D ext.

28004 Madrid

editorial@munecainfinita.com

www.munecainfinita.com

© de la traducción: Vanesa García Cazorla, 2023

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut français

Diseño de colección y cubierta: Juan Pablo Cambariere

Maquetación: Carmen Itamad

Edición y corrección: Esther Aizpuru

ISBN: 978-84-125956-3-5

Código BIC: FA

Impresión: Kadmos

Depósito legal: M-2390-2023

Impreso en España

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Al principio, a veces dejaba mensajes en la calle.
Hay alguien viviendo en el Louvre, decía en algunos de ellos.

La amante de Wittgenstein, DAVID MARKSON

1

La noche del 7 al 8 de marzo de 2020 la pasé sola en el Louvre. Sola y, al mismo tiempo, de todo menos sola.

En la sección de Antigüedades. En la sala de las Cariátides. Eso sí, a lo largo de la noche tuve que mover de sitio la cama plegable que había llevado, pues los lugares tienen alma, los lugares tienen vida, sobre todo a oscuras, y ocurre que precisamente los más visitados, los más recorridos, una vez vacíos, se despliegan y se vengan, a su manera, ahuyentando a quienes tienen la osadía de demorarse en ellos.

O tal vez esos lugares perciban que no tenemos la conciencia del todo tranquila. Que no tenemos el corazón del todo tranquilo.

Para pasar una noche en el Louvre es preciso seguir un protocolo. Mi madre, cuyas investigaciones la condujeron el siglo

pasado a la gran biblioteca de Moscú, me contó que se pasó los tres primeros días de su semana en la ciudad yendo a la recepción, situada en la calle Mokhovaya, porque una y otra vez le negaban la acreditación. Enseguida se establecieron determinados rituales: «Llegaba, preguntaba si habían llegado mis documentos. Aún no, me decían. Yo sonreía, dejaba un regalo y me marchaba». En tres días regaló una caja de bombones suizos, media botella de champán y una paleta de maquillaje de una marca de alta costura. Precisamente con ese fin había comprado todo aquello en las tiendas libres de impuestos del aeropuerto Charles-de-Gaulle, ya que mi madre, al ser esclava, de habla rusa —aunque, según dice, ha ido perdiendo el ruso que sabía del mismo modo en que los árboles pierden las hojas—, conoce bien la etiqueta, tanto la explícita como la implícita. Sin embargo, la mañana del cuarto día empezó a preocuparse: se le habían agotado las fruslerías libres de impuestos, no le quedaba nada más. Llegar con las manos vacías habría sido un error considerable. No sabía qué hacer, así que saqué tu *Venus de Milo*, la que me habías metido en el equipaje, como hacías cada vez que viajaba para que no me olvidara de París. Esbozó una sonrisa. ¿Cómo me voy a olvidar de París? Esta ciudad ha sido mi gran amor.

Aquel día mi madre obtuvo la acreditación. Puede que la consiguiera gracias a ese regalo absurdo. O puede que no. Quizá todavía haya una *Venus de Milo* en miniatura en la recepción de la enorme biblioteca moscovita. Hace tiempo que cayó el Muro de Berlín, lo mismo que los regímenes comunistas de Europa; Gorbachov ya no está en el poder, aunque alguna que otra vez aparezca aquí y allá en algún anuncio en el que el famoso diseño de damero de un fabricante de artículos de piel de lujo

ha sustituido a cualquier tablero ideológico. Sin embargo, tal vez mi miniatura siga allí, todavía en pie en aquel lugar mítico, una biblioteca que tiene el tamaño de un barrio, una ciudad dentro de otra ciudad, donde los desconocidos se pierden y a veces buscan por el olor, el aroma, una sala de fumadores que desde hace años ya no existe. Acaso de tarde en tarde, quién sabe, la encuentren. Y me resulta extraño y tierno al mismo tiempo pensar que las huellas de mis dedos de niña, impresas en una estatuilla en la que no he pensado desde hace más de un cuarto de siglo, me aguardan en una ciudad y un país donde jamás he puesto el pie.

Si bien el Louvre de hoy no es ni mucho menos la Leninka de hace treinta años, es preciso que demuestres que eres de fiar. La etiqueta, explícita o implícita, aun no siendo la misma, existe. Has de pasar por entrevistas más o menos oficiales y presentar testimonios sobre tu moralidad más o menos oficiosos, así como un certificado de antecedentes penales. Es un proceso largo, sin duda necesario: en un lugar como este no van a dejar que el primero que llegue se quede solo, y menos aún por la noche. Cuando tanto los responsables de seguridad como el conservador se convencieron de mi buena fe y de la pureza de mis intenciones, por fin me concedieron la preciada autorización.

Quiero escribir un libro sobre el Louvre, decía durante aquellas entrevistas, que eran, o quizá no, auténticas audiciones. Quiero escribir un libro sobre el Louvre y mi familia. Sobre el Louvre y mi padre. Y a todo el mundo le parecía una idea magnífica. Honorable. Pero los espacios —o las obras que hay en ellos— perciben cosas que se nos escapan.

Ni los responsables de la seguridad, ni el conservador, ni siquiera la propia directora de la colección, que me respaldaron

en todo momento, que apoyaron mi decisión y mi enfoque, lo sabían entonces: soy la hija de un hombre que, en cada una de mis visitas al museo, me preguntaba cuántos animales pintados y cuántos amaneceres había visto, cuántos barcos y cuántos claros de luna. Cuántas ventanas había visto, cuántas escaleras. Cuántos guardas de seguridad y cuántas cámaras. ¿Y cuántas salidas de emergencia?, ¿cuántos extintores? No, ninguno de ellos sabía que yo era la hija de un hombre que, cada vez que nos veíamos, me preguntaba: «¿Y tú cómo te las ingeniarías para robar *La Gioconda*?».

Salgo de mi casa y me meto en el metro. Esta es la primera noche que pasaré lejos de mi hijo, que hace unos días ha cumplido nueve meses. Ha anochecido. Está lloviendo. Dudo en tomar un taxi, pero los taxis me arrullan, me adormecen, y lo que necesito es adentrarme en las entrañas de la ciudad con los sentidos alerta, adentrarme en las entrañas de la ciudad y salir después al aire libre, a las calles, que nunca están a oscuras de noche. Sentir, si es necesario, la lluvia en el rostro, si es que esta noche la lluvia es sinónimo de esta ciudad en la que nací.

En el metro, nadie sabe lo que me dispongo a hacer, y eso me da una sensación de libertad salvaje. Me gusta ese hervidero de secretos que encierra París. Nadie se fija en mí. Llevo un abrigo negro, un bolso de fin de semana de lona y piel al hombro, un bolso de apariencia respetable, un bolso burgués, mucho más respetable o burgués que yo. Es la calidad lo que le confiere ese aspecto. Su coste no es desorbitado, ni mucho menos, pero denota unos medios que no son los económicos: trasluce que quien lo lleva tiene cierta confianza en sí mismo,

como si uno mereciera, a sus propios ojos, un bolso de buena factura. Confianza en sí mismo pero también en el futuro, ya que se trata de un bolso robusto y hecho para durar, algo que salta a la vista. Se trata, eso sí, de un bolso robado o, mejor dicho, encontrado. O, mejor aún, *prestado*, según el eufemismo de rigor. Robusto pero ligero, presta un halo de elegancia, y su historia es encantadora, ya que es un objeto que llegó a mi poder casi por despiste. Alguien se lo dejó olvidado en una librería cerca del Panteón tras la presentación de un libro de alguien que no escribía, no de verdad al menos. Su nombre y su cara aparecían en la portada, pero las frases no eran suyas. De hecho, su libro lo había escrito alguien a quien yo conocía bien y esperaba conocer aún mejor, y ese fue el motivo por el que me presenté allí, con cierto éxito, pues el escritor en la sombra se quedó después de que se hubiera marchado el autor oficial, ese a quien el público, unas cuarenta personas, había acudido a escuchar y al que, acostumbrado a ver su cara en la pantalla, tenía la impresión de conocer. Pero, en la transición de las dos a las tres dimensiones, en la transición de la pantalla a la realidad, ocurren muchas cosas, incluso en los rostros. Creo que los asistentes estaban extrañados, que el hombre al que estaban viendo los desconcertó un poco, pues, a pesar de reconocerlo, sí, no se lo esperaban con ese aspecto, o no así exactamente. Puede que por eso alguien, perplejo, olvidara el bolso. En cualquier caso, aquella extrañeza, o decepción, no impidió a los reunidos comprar el libro sin sospechar en ningún momento que las frases que a partir de aquella tarde leerían pensando en los rasgos de aquel hombre no las había escrito quien ellos creían, sino el joven que estaba a mi lado, alguien a quien nadie miraba salvo yo, que no podía apartar la vista de él, cosa que

no me suele ocurrir y por eso precisamente estaba yo allí, no por el libro ni por su supuesto autor. Cada vez que no atinaba a no mirarlo, me cruzaba con su mirada, ya que él tampoco lograba no quitarme los ojos de encima, lo cual era turbador y maravilloso al mismo tiempo. Nos entretuvimos y así fue como encontramos el bolso, olvidado debajo de una mesa.

Se lo quedó el escritor en la sombra. Normalmente yo no habría aprobado un acto así, pero aquella tarde no dije nada. No era más que una cuestión de deseo. El bolso parecía estar hecho para él, tanto que cualquiera habría pensado que era él quien lo había llevado desde el principio. Cualquiera que lo hubiera visto con ese bolso al hombro tendría la impresión de que, sin ese bolso, le faltaba algo.

El joven al que yo no podía quitar ojo vio una señal en aquello. Con el dinero del libro que había escrito —aunque no firmado— y con ese bolso que no sabía que le faltaba hasta que lo encontró, se fue de viaje. Un largo viaje alrededor del mundo, como quien dice, de no ser porque se detenía aquí y allá haciendo paradas cada vez más largas, de modo que daba la sensación de haber dejado de moverse. Cuanto más tiempo se quedaba en un sitio, menos noticias me llegaban, hasta que un día dejó de escribirme. Era como si se hubiera marchado para siempre. Parecía que su vida había dado un vuelco mayor que la mía a raíz de aquel encuentro, de aquel encuentro conmigo o con el bolso. Al cabo de unos meses me topé con uno de imitación en un sitio web de segunda mano, lo compré y a veces me sorprendía pensando que era yo, y no él, quien se había quedado con el bolso, que era yo quien se había marchado. Pero en realidad era yo quien se había quedado y nuestra historia aparentemente había terminado ahí.

Esa noche el bolso contenía un jersey negro, un saco de dormir de un color bronce muy claro enrollado en su bolsa de poliéster, un pequeño neceser (un cepillo de dientes, crema hidratante, un peine de cuerno), un estuche de gafas y unas lentes, una botella de agua, un cuaderno naranja que enseguida extravié, dos bolígrafos, un cargador de teléfono, un trocito de *nougat* envuelto en celofán. Y una última cosa sobre la que me preguntaba si pasaría los controles de seguridad o no.

La comida está prohibida en el Louvre. Me lo habían dicho por activa y por pasiva, incluso por escrito: estaba claro que debía tomarme aquella restricción al pie de la letra. El *nougat* estaba ahí para desviar la atención de lo otro. El *nougat* estaba ahí para que pudiera comprobar la seriedad, la *literalidad* que debía esperarme de esa institución. Si pasaba el control, las cosas tal vez serían menos difíciles de lo que imaginaba.

El Louvre es la primera ciudad francesa en la que me sentí como en casa, decía mi padre. Esta es la historia oficial: llegó a París en 1971 por amor, por mi madre, poetisa. Se quedó por el Louvre. Tenía veinte años, y los veinte siguientes —que en parte coinciden con mi infancia— transcurrirían como un sueño.

Su alegría de vivir. Su apetito por ver mundo. Su optimismo y los límites de este. Aunque no tenía dinero, pensaba que eso daba igual, ya que tenía suficiente para aparentar que sí. Para fingir.

Por supuesto, debía de estar como loco. Imaginar la Ciudad de la Luz, soñar con ella, es una cosa; descubrirla, ser un cuerpo —un cuerpo de veinte años que recorre sus calles día y noche—, es otra. La dificultad en cualquiera de sus formas